

Meyer Dubrovsky

*Alberto Rezzónico**

Cuando el año 1995 concluía, en forma tan inesperada como injusta por las circunstancias que la rodearon, nos llegó la noticia de la muerte de don Meyer Dubrovsky. Superados el estupor y el dolor inicial, mitigada la tristeza con el recuerdo de su obra y de su ejemplo, esta Revista quiere rendirle un homenaje.

No será –no podría serlo, después de todo- un acto formal, porque Meyer fue, antes que dirigente cooperativo, una persona cálida, un amigo, un maestro de vida, un permanente sembrador de entusiasmo por las causas nobles visceralmente comprometido con sus ideales. Su recuerdo se acomoda naturalmente a esos rasgos de personalidad y adquiere matices intimistas que queremos respetar.

Lo conocimos en la militancia cooperativa por el desarrollo de una estructura de financiamiento que asegurara el flujo de recursos necesarios a los sectores sociales empeñados en lograr un desarrollo independiente y autosostenido del país, que balanceara los efectos devastadores de la concentración y la explotación económicas y contribuyera a cicatrizar las “venas abiertas” por las que drenaban –drenan- riquezas, esfuerzos y esperanzas de una vida mejor. Pero ya venía curtido por luchas anteriores gestadas en el ámbito rural, en el que la organización cooperativa fue también la herramienta que ayudó a los productores a defender y valorizar su trabajo. Toda esa experiencia de animador y organizador social, eran transmitidas por él a los militantes más nuevos con la simplicidad de quien comparte el mate en la tertulia, sin buscar reconocimientos ni pretender liderazgos, sin imponer conclusiones, uno más entre otros tantos, dispuestos a empezar a empezar todos los días de nuevo. Muchas personas hemos conocido que predicán las ventajas de la dirección colegiada; pocas, las que como Meyer son capaces de sobrepasar las exigencias de esa forma de conducción al propio egoísmo.

No es posible comprenderlo sin reparar la significación que en su vida tuvo la adhesión que desde joven sintió por el ideario marxista-leninista. Pero sería mezquino reducir toda su fecunda personalidad a esa adhesión. Detrás de todo, no resultaba difícil descubrir en Meyer la presencia interior de un padre con quien polemizó, pero del que heredó convicciones, gestos y maneras. Un padre profundamente religioso y versado en la tradición de su pueblo judío, que supo respetar la elección distinta de sus cuatro hijos varones “los Dubrovsky” como decía Meyer con cariño no exento de orgullo –y gestar entre ellos una unidad que, como la de los mosqueteros- “Uno para todos, todos para uno”-, fue también ejemplo de familia. De allí nos parece que viene ese estilo de hacer del diálogo la plataforma para construir acuerdos, de buscar verdades simples y compartidas en las que no sólo esté comprometida la razón, sino también el afecto, para generar en el otro un compromiso cierto de movilización interior por una causa, de apostar todo a la fuerza que es capaz de generar la convic-

(*) *Presidente de Idelcoop*

ción en el triunfo final del propio ideal, sin la cual no hubiera podido sobrellevar y superar momentos difíciles de su vida personal y familiar.

Hay herencias y herencias. Las que se notan, esas no constituyeron nunca el interés de Meyer. De las otras, de las que no se muestran porque van hasta el fondo del que las recibe y se quedan allí para ayudarle a vivir, está compuesto su legado. El que reciben, en primer lugar, su esposa y su hijo, sus hermanos y nietos. Y mucho más allá de su familia de sangre, el que nos transfirió, con su generosidad incalculable y su buen humor paisano, a quienes tuvimos la suerte de compartir con él el ideario cooperativo, junto con el mandato de continuarlo. Y por cierto, no es pequeña cosa.